



EVANGELIZACIÓN ECLESIAL COMO PROPUESTA DE HUMANIZACIÓN EN EL AMBIENTE ESCOLAR DESDE EL CONCILIO VATICANO II'

ECCLESIAL EVANGELIZATION AS HUMANIZATION PROPOSAL IN THE SCHOOL ENVIRONMENT FROM VATICAN COUNCIL II

Estiven Valencia Marín²

1 Artículo generado a partir de un ejercicio de investigación formativa para la Licenciatura en Educación Religiosa
2 Licenciado en Educación Religiosa. Contacto: steven01051991@hotmail.com

RESUMEN:

La iglesia católica, inmersa en la sociedad y en su continua labor por la santificación de los pueblos, percibe en el ambiente escolar un espacio para la formación humana integral de todas las personas. Sin embargo, las múltiples dificultades sociales hacen de esta el principal foco de problemas, por lo que es necesario incitar a un proceso consciente y perseverante de cambio personal en función del bien común. Así pues, se exponen las principales contribuciones doctrinales de la Iglesia Católica en lo que respecta al problema educativo, con base en los documentos conciliares del Vaticano II, seguidas de una sucinta reflexión que advierte la urgente difusión de valor en beneficio de la humanidad.

PALABRAS CLAVES:

Teología pastoral, humanismo cristiano, educación integral, escuela católica, pastoral educativa.

ABSTRACT:

Catholic church, immersed in society and in its continued work for the sanctification of the people, perceived in the school environment a space for human formation of all people. However, many social difficulties make this the main focus of problems, so it is necessary to incite a conscious process and persevering personal change for the common good. Thus, the main doctrinal contributions of the Catholic Church are discussed in regard to the educational problem based on the conciliar documents of Vatican II, followed by a brief reflection urgent warning dissemination of values for the benefit of humanity.

KEY WORDS:

Pastoral Theology, Christian Humanism, Integral Education, Catholic School, Educational Pastoral.

Para citar este artículo: Valencia Marín, Estiven. (2018). Evangelización eclesial como propuesta de humanización en el ambiente escolar desde el Concilio Vaticano II. En: Grafías Disciplinarias de la UCP No.41 (Abril-Junio de 2018); pp. 82-92.

Debiendo atender la santa Madre Iglesia a toda la vida del ser humano, incluso a lo material en cuanto está unida con la vocación celeste para cumplir el mandamiento recibido de su divino fundador [...] le toca también una parte en el progreso y en la extensión de la educación

Declaración Gravissimum Educationis Momentum, Proemio.

Entre los medios de promoción humana integral que competen a la Iglesia Católica está la educación, entendida de modo general como medio eficaz de formación para el progreso individual y social. Ella genera un particular interés dadas las posibilidades de fomentar allí un estilo de vida adecuado, que tenga por figura a Jesucristo como modelo de perfección para todo ser humano. Sin embargo, dentro del fenómeno de la globalización que define la posmodernidad se instauran los grandes debates al respecto de los factores económicos, políticos y sociales en el desarrollo de las naciones; las múltiples dificultades que de tales elementos se desprenden no alcanzan a ser compensadas, dados los esfuerzos teóricos y prácticos que, al respecto, se establecen con el fin de medrar la promoción humana y social de los miembros de cada territorio alrededor del mundo.

Dicho así, pensar en las formas de proceder respecto de las problemáticas en las sociedades actuales, trátase de violencia o de la baja calidad de vida de algunos individuos, como los grados de desigualdad social por causa de la negación de los

derechos humanos que forman parte de la realidad humana, el Pontificio Consejo de Justicia y Paz (2009, 198) en su Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia advierte que “las personas y grupos sociales cuanto se esfuercen por resolver los problemas sociales según la realidad, se alejan del arbitrio adecuándose en las exigencias morales. Por ello se requiere de una intensa actividad educativa y compromiso por parte de todos [...]”. La educación resulta ser un aspecto fundamental para el desarrollo integral de las personas; desarrollo que implica la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de los sujetos.

Para ello se requiere del ambiente escolar una ardua difusión de valores morales que deben ser promovidos en toda persona, camino a su perfección, pero dicha difusión de conocimientos y valores requiere métodos adecuados para su entendimiento y aplicación. Así pues, con intención de indicar el papel de la Iglesia en el ambiente escolar se propone el siguiente desarrollo de la temática: en primer lugar, se explicita el ejercicio de la evangelización eclesial en la historia; luego se plasman los argumentos

del magisterio que sostienen la tarea de la evangelización respecto de las problemáticas sociales; y finalmente, se precisan aspectos que ayuden a una evangelización en las instituciones educativas.

En efecto, anunciar el Evangelio en la actualidad conmina la presencia del Reino de Dios con todos sus pormenores, eventualidad que *grosso modo* decanta en signos de compromiso y práctica sucesiva de la promoción humana integral como fin de toda acción educativa. El caso particular es la escuela, cuyos medios suponen el procurar enseñar y crear ambientes de diálogo para una reflexión madura sobre la interpretación de los sucesos del mundo, la representación y estima de la existencia de todo hombre y mujer, la atención de los fines a los cuáles todo ser humano tiende como proyección del bienestar individual y social, además de las normas prácticas que amparan las relaciones interpersonales entre sujetos de distintas culturas. De estos elementos citados, se deduce el carácter relacional entre educación y evangelización que se expone en las líneas siguientes.

Antecedentes del quehacer evangelizador en la Iglesia Católica

La práctica de la Iglesia Católica, por llevar la Buena Noticia a entornos culturales diferentes, obedece a su inmersión en los tiempos y en las diversas culturas. En el Antiguo Testamento se encuentran raíces de dicha práctica, por cuanto el pueblo de Israel creyendo en Dios, fue aceptando esa relación con lo divino tras procesos de disensión y amistad con lo divino. De hecho, la vocación de los patriarcas, a saber: Abraham, Isaac y Jacob, comporta una inicial referencia

evangelizadora por cuanto ellos pregonaron a los israelitas la demanda de sumisión a Dios, eventualidad que a grandes rasgos simboliza el asentimiento de lo divino para darse a conocer a la humanidad utilizando como medio la historia de los pueblos. Posteriormente, con la aparición de los profetas se increpó al pueblo israelita a causa de relegar su alianza con Dios establecida en los patriarcas.

En este sentido, es meritorio recordar que tal amonestación pronunciada por los profetas tras las hostiles circunstancias que vivió el pueblo por causa de su mal actuar, no involucra tan solo a la constituida nación israelita sino que se trata de una oferta para el resto de naciones del orbe según lo presenta el profeta Ezequiel: “*Et sanctificabo nomen meum magnum quod pollutum est inter gentes* - Y santificaré ante las naciones mi gran nombre que ustedes han ofendido frente a ellas, y las naciones sabrán que soy Dios [...]” (Ez. 36, 23). Ante esto Benedicto XVI (2008, 9) en su carta encíclica *Deus Caritas est*, explica las implicaciones de la adhesión a Dios en lo referente a la historia del pueblo de Israel y el cual “consiste en que el hombre viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre en Él la alegría en la verdad y la justicia”.

Allende a los acontecimientos del antiguo pueblo judío, los seguidores de Cristo demostraron su capacidad de diálogo con diversas culturas a pesar de las resistencias y conflictos que tuvieron que afrontar. Es así el ejemplo del trabajo misionero del apóstol Pablo de Tarso llevando el Evangelio por distintos territorios grecorromanos. Con esto se manifiesta la actividad de la Iglesia en sus

primeros siglos como portadora del mensaje de Cristo, mensaje que se condensa según el evangelista Mateo en la exhortación “*Euntes ergo docete omnes gentes [...] docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis -* Id y haced discípulos a todas las gentes [...] y enseñeles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt. 28, 19-20). En esencia, como Pablo muchos otros se hicieron partícipes del legado evangélico, un legado que vivido en comunidad se ha transmitido a todos los pueblos.

Posteriormente, las comunidades cristianas reflexionaron sobre las intervenciones de Dios en la historia, intervenciones que tienen su centro en el acontecimiento salvífico de Cristo expreso en su pasión, muerte y resurrección. Así la Pascua se convierte en el epicentro de la fe, situación de la que nace una comunidad cualificada por su fe y caridad, una comunidad modelo de vida social puesto que al decir del evangelista Lucas en los Hechos de los Apóstoles, hace de sí principios como la oración, la fracción del pan, la enseñanza y la comunión de bienes (Hch. 2, 42). Con tales elementos, se retoma una concepción atractiva de Iglesia que en la *Lumen Gentium* (1991, 8) se interpreta como un seguir a Cristo quien “realizó la obra de redención en pobreza y persecución, y así la Iglesia destinada a recorrer el mismo camino para comunicar los frutos de la salvación a los hombres”

Pero tal doctrina determina la admisión de un efecto participativo en la divinidad que, por medio la persona de Cristo se confiere a la humanidad, eventualidad que se resume en la siguiente máxima joánica: “[...] *omnis qui videt Filium et credit in eum, habeat vitam æternam et ego resuscitabo eum*

in novissimo die – [...] todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna y yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6, 40). Desde esta perspectiva, los *patrum apostolicorum* manteniendo las enseñanzas de los Apóstoles, anunciaron la resurrección de Cristo como núcleo de la fe caso del mártir Ignacio de Antioquía (1950, IX, 2) para quien en su Carta a los Filadelfios el Evangelio se resume en “*τὴν παρουσίαν τοῦ σωτῆρος, κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ, τὸ πάθος αὐτοῦ καὶ τὴν ἀνάστασιν* – la venida del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, su pasión y resurrección”

De antemano, muerte y resurrección de Cristo es para la Iglesia un hecho sin precedentes que debe ser acogido y vivido por todos sus miembros, una invitación más al hombre y mujer creyentes que tomando el camino del seguimiento de Cristo se adhieren libremente a la voluntad divina. Es así como las personas se hacen partícipes de la misión encomendada por Cristo a los apóstoles, pero que no excluye al creyente de su responsabilidad con el prójimo, el cual espera por el bien obrar que se puede brindar, aún más en las adversidades. Por esta misma razón, no pasa inadvertido que existan mandamientos y obras de caridad, normas de conducta que velen por el bienestar tanto del otro como del personal, de ahí que San Juan Pablo II (2002, 36) para su tiempo de pontificado en la exhortación *Christifidelis Laicis* sostenga que:

La Iglesia se constituye en comunidad evangelizada y evangelizadora precisamente porque se hace sierva de los hombres. En ella los fieles laicos participan en la misión de servir a las personas y a la sociedad. Es cierto que la

Iglesia tiene primacía por el Reino de Dios [...] pero el Reino es fuente de liberación y de salvación para los hombres.

Considerando entonces que la Iglesia es instrumento para el anuncio del Evangelio a todos los hombres, y sintiéndose llamada a instruir a todo ser humano para que se instaure en Cristo y cumpla el deseo divino que según el apóstol Pablo es que “todos los hombres sean salvos y tengan el conocimiento de la verdad” (1Tim. 2, 4), se hace con la cultura humana entramado de condiciones sociales y de relaciones interpersonales. De aquí que la Iglesia acoja a los individuos como agentes evangelizadores para penetrar profundamente en la vida y mentalidad de sus contemporáneos, con el fin de ordenar la vida del ser humano en pro de su perfeccionamiento, manifestación clara del amor y la justicia divina en el mundo. En dicha realidad, la educación no queda relegada dado que como proceso de formación perfila como uno de los medios para el desarrollo integral de los individuos.

Problemáticas de la evangelización eclesial en el siglo XXI

La aparición de inéditos procesos sociales que acontecen ulteriormente a las guerras mundiales, y se extienden en la actualidad bajo la consigna de garantía y protección de las libertades de los hombres y mujeres bajo la observancia de los derechos humanos, convierten a la educación como también a la administración de los Estados en sus facetas económica y política, en una oportunidad para el acceso a mejores condiciones de vida. De hecho, el interrogante por el ser humano y su ser relacional supone una respuesta a los problemas del contexto social que demandan

una orientación presta al bienestar de los individuos. Sin embargo, dados los avances tecnológicos y científicos patentes en la postmodernidad asumidos como elementos de desarrollo y continuo efecto de bienestar individual y colectivo, resultan insuficientes al tratamiento de los problemas sociales del siglo presente.

Cierto es que la desvalorización de la religión, se presenta como fenómeno en las culturas a causa de la excesiva defensa de la libertad individual, que postula prescindir de toda regla o norma, sea determinada por las instituciones sociales o por los mismos valores que condicionan el buen vivir *ad intra* de las comunidades, además de la desconfianza en lo trascendente y el rechazo a una moral anterior a los hombres que da lugar a consideraciones de inexistencia de la verdad, en tanto esta queda supeditada a los pareceres de los individuos. Sin embargo, el sentimiento de lo religioso no está ausente de la mentalidad de los sujetos, hecho que a grandes rasgos ha permitido en las últimas cinco décadas analizar e interpretar a la luz del Evangelio los acontecimientos del tiempo, así como esclarecer interrogantes y desafíos para dar respuesta y solución a los mismos.

En lo que respecta al ámbito escolar, existe un reconocimiento de necesidad de formación de las personas para el desarrollo integral de las mismas por parte de los miembros sociales, tarea que es fuertemente sentida en la Iglesia Católica y cuyo propósito según se exhibe en la declaración *Gravissimum Educationis Momentum* (1991, 1): se trata de “la formación de la persona en orden a su fin último y al bien social, de las que el hombre es miembro y

en cuyas responsabilidades tomará parte [...]”. Inclusive semejante actuación detenta el bien, porque también compromete la totalidad de la persona en la consecución del bienestar común que se debe a una actitud participativa y solidaria. Así, el anuncio del Evangelio toma parte activa en la realidad social, atendiendo sobremanera a la resolución de problemáticas por medio del hombre en su ser individual y relacional.

La Sagrada Congregación para la Educación (1978, 16), en su documento *Escuela Católica*, estima en nombre de la Iglesia un reconocimiento a la escuela como “ambiente privilegiado para la formación integral de las personas, más es un servicio de suma importancia para todos los hombres”. De aquí que el tema de desarrollo humano integral se haga explícito no solo en la misión escolar sino también eclesial, desarrollo en beneplácito de la sociedad que integra la dignidad del hombre y la mujer y el perfeccionamiento de todas sus dimensiones: social, personal, familiar, espiritual, económico y laboral. Asimismo, el quehacer teórico y práctico de una filosofía de integralidad humana tan propia del sistema educativo y a la vez eclesial, como se ha indicado en líneas anteriores, no exime a la sociedad en general puesto que de ella depende la promoción y aceptación de los esfuerzos educativos.

Lo social se hace patente en la Evangelización no solo en cuanto acoge como agentes a determinados individuos, sino también porque la Iglesia ve a tales sujetos como sus destinatarios, al hombre en su ser individual y relacional. Desde esta perspectiva, Pablo VI (2005, 18) en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*

indica que la finalidad de la evangelización es “tratar de convertir la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos”; tal conciencia es personal y colectiva, con implicaciones en la actividad educativa. Ahora bien, tal proceso de evangelización abarca la realidad de un mundo difícil, dado que el hombre en su afán por realizarse individualmente crea un ambiente de incertidumbre; un mundo en el que en ocasiones las circunstancias hacen dudar de lo verdaderamente bueno, es precisamente al bien común que detenta.

De lo dicho se deduce claramente una relación íntima entre fe y vida, aplicándose tal nexo al enfrentar los problemas sociales más urgentes con una óptica cristiana, es decir, que el desarrollo personal y social implica un accionar que ostente *grosso modo* la promoción sana de los elementos culturales característicos de cada nación, el fomento de la vida económica en base a la virtud de la justicia, la participación política de los miembros de las sociedades, la defensa de los derechos humanos, la formación del espíritu colaborativo de los miembros sociales con los que requieren ayuda, entre otros elementos. No obstante, la adquisición de este tipo de actitudes como respuestas concretas a los interrogantes y desafíos de la vida cotidiana, pasan ineludiblemente por los ambientes escolares, lugares adecuados para la formación y consolidación en tales principios.

Cierto es que la enseñanza moral y espiritual resultan ser materias de especial atención para la Iglesia. sin desconocimiento de la pluridimensionalidad humana; empero, la transmisión del estilo de vida cristiano está

lejos de ser una incitación coactiva para los que desconocen o no se reconocen seguidores de la misma. Por ello es de advertirse que el ofrecimiento de este *modus vivendi* se debe a una acogida autónoma de posterior recto actuar; así, la evangelización no es más que una presentación de las enseñanzas de Jesucristo y de aquellos que a lo largo de la historia con su forma de vida, afianzaron la idea del proyecto salvífico de Dios para toda la humanidad. La enseñanza del Evangelio entonces no se limita a la instrucción religiosa, pues el bien que se predica como desarrollo de la dimensión espiritual, está en la práctica de virtudes y disposiciones de vida que el individuo adquiere previamente.

Aspectos para una auténtica evangelización en el ámbito educativo

Manifiesto es que en la escuela concurren situaciones y avatares procedentes de la sociedad, más los procesos de transformación social que influyen sobremanera en las dimensiones del ser humano, a saber: espiritual, psico-afectiva, intelectual, relacional, comunicativa, estética, moral, entre otras. Esto obliga a atender a la naturaleza y características propias de afrontamiento de dicha realidad, con el fin de mejorar los procesos de enseñanza, de los cuales se ha dicho que poseen un carácter de importancia en tanto que tienden a la adquisición de actitudes y principios éticos y morales como respuesta a los desafíos de la vida cotidiana. De ahí que la acción evangelizadora de la Iglesia Católica, asista con la formación espiritual, ética y moral de los educandos; temáticas estas que ella misma está en capacidad de ofrecer.

Ahora bien, a la luz de los planteamientos sugeridos por el magisterio eclesiástico en la carta encíclica *Populorum Progressio* cuando se habla de la promoción integral de los seres humanos y del progreso de los pueblos, no solo al tratarse tales del crecimiento económico y tecnológico sino también de una educación básica como primer objetivo de planes de desarrollo (Pablo VI, 1967, 35), se sobreentiende que la instrucción y el dar testimonio de fe en la vida diaria, es comprometerse con el bien común. En este aspecto, la catequesis al igual que la pastoral educativa, resultan indispensables en la labor misional de la Iglesia en lo concerniente a la dimensión espiritual de los creyentes y educandos respectivamente; además que estos aspectos necesitan de sus promotores un serio compromiso, siendo conscientes que el bien al que ostenta es causa misma del desarrollo individual y colectivo.

Un segundo aspecto a considerar es el de vivir la vocación de misionero, el de agente de evangelización, el cual es determinado por una previa formación sin evitar pensar que la educación en cuanto influjo de progreso social, también comporta un derecho tal como define el Concilio Vaticano II en su declaración *Gravissimum Educationis* (1991,1). De aquí que sea necesario el ser consciente de la realidad que surge a consecuencia de la tecnicidad y el cientificismo en donde se ha dado un decrecimiento de fe, puesto que en tales elementos quizá se obstaculice la preocupación por una trascendencia humana. Para efectos de interpretación, ignorar el desarrollo cognoscitivo como una de las tantas dimensiones del ser humano como el no dar importancia a los

valores trascendentales y espirituales, dejan entredicho el fin de una educación integral.

Por otra parte, la educación actual centra su atención en la transmisión de conocimientos para el entendimiento de las realidades planteadas en las distintas áreas con el fin de adquirir competencias humanas en cuanto al ser, saber hacer y proponer. Pero hablar de educación integral es llegar a entender que el maestro como responsable de la enseñanza y movido por las aspiraciones de los educandos, centra su atención hacia un proyecto de ser humano. A pesar de que la propuesta educativa de la Iglesia Católica se fundamente en una postura humanística que defiende el concepto de formación integral y del valor de la dignidad humana, difiere notablemente de posturas educativas que están centradas en la simple adquisición de conocimientos desde una visión de la eficiencia, causa que imposibilita promover el desarrollo humano que por antonomasia es fin de la educación.

Particularmente la dimensión espiritual, ética y moral de la que la Iglesia Católica habla con propiedad, y reconociendo que tales dimensiones del hombre deben ser asumidas en los procesos educativos *sine qua non* es posible la formación humana integral, en el ámbito escolar pretende elevar las potencialidades de los discentes no tan solo como vías imprescindibles para alcanzar resultados académicos sobresalientes, sino que también como virtudes hagan diestro al individuo en el servicio a la comunidad a la que pertenece en aras de su propia realización. De esta manera, toda actividad de la Iglesia en procura del bien de los seres humanos sea por evangelización o promoción de la

persona en diferentes modalidades caso de la educación, es expresión del ejercicio del amor cristiano anunciado, según refiere Benedicto XVI (2008, 19) en su encíclica *Deus Caritas est*:

Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la palabra y los sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales de los hombres.

Seguido al anterior planteamiento, la Conferencia Episcopal Colombiana (1981, 660), en su texto Directorio de Pastoral Educativa, expone que “la ciencia y la técnica se justifican cuando contribuyen en positivo a la promoción del hombre en vida y valores”, pero en un ambiente que diariamente se ve sometido a diversos conflictos a causa de intereses individuales ostentando la adquisición de bienes materiales a expensas de una acción indebida, es evidente el efecto negativo que se tiene. Por tanto, el cristiano de este nuevo periodo de la historia, aquel lúcido a las inherentes situaciones de la sociedad se dispone para superar las dificultades y sosteniéndose a la idea de bien común la cual en su individualidad implica cambio y proyección de paz para con sus más cercanos, incita a muchos otros a trabajar por nobles intenciones.

En definitiva, la Iglesia Católica en su misión de presentarse al mundo como

aprendiz y asistente de Cristo, a la vez que educadora para la construcción del Reino de Dios a lo largo de la historia, ha visto en Jesucristo el modelo de humanidad; modelo en tanto maestro que salvaguarda su palabra con su vida; en otras palabras, ejemplo de cohesión que explicita una relación entre fe y vida. Si bien la búsqueda del bienestar es inherente a la persona, el hecho de pensar en tal querer denota en grado sumo una práctica del mismo, consecuencia que supone de un desarrollo biológico, intelectual, volitivo, afectivo, cultural y social de los individuos. Dados estos elementos que a grandes rasgos competen a la educación, cierto es que la óptica transformadora y dinámica de la misma depende de su asistencia a la persona para apropiarse de la realidad y el progreso social.

La intención de la Evangelización eclesial no es más que dar a conocer la salvación ofrecida por Dios a través de Cristo, salvación que en función de ser comunicada compete a todos los miembros de la Iglesia Católica. Mas no es de olvidar que la evangelización ya consignada en las Sagradas Escrituras, parte del *kerigma* - designación tomada del vocablo griego κήρυγμα que traduce por anuncio - es decir, inicial convencimiento y posterior notificación de la existencia de Cristo, tal y como lo profirieron sus discípulos en su tiempo a sus coetáneos según la tradición lucana a través de los *Hechos de los Apóstoles*: “[...] *auctorem vero vitae interfecistis, quem Deus suscitavit a mortuis cuius nos testesumus* – [...] y matasteis al autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de la cual nosotros somos testigos” (Hch. 3, 15).

Asimismo, dicha fe que se traduce en acoger, aceptar y vivir a Cristo, es de vital importancia para la Iglesia revelar una experiencia auténtica de Dios que se expresa en el don del servicio y comunicación con los demás. Sin embargo, la realidad dimensiona aspectos contrarios a lo descrito, puesto que dicho compromiso se ha entendido por algunas personas como simple adhesión o discurrir teórico de las prácticas religiosas. He aquí un gran reto para la Iglesia de hoy: la adhesión a un compromiso social que requiere dar de lo que se ha recibido en el bien, a no limitarse a simples aceptaciones intelectuales de credo sino aceptar a Dios en tanto y el creyente dispone de apertura a todos los ambientes: familias, colegios, trabajos, etc. integrando así los valores; mas es el querer de la Iglesia Católica llegar a todos y a cada uno de los seres humanos.

A modo de epílogo, es el ambiente escolar donde debe hacerse expresa la hazaña evangélica del anuncio de la Buena Nueva, con el objetivo de insertar en el mundo las enseñanzas de Jesucristo apropiándose de las realidades humanas, para hacer visible la realidad del reino de Dios, un Dios actuante en medio de las dificultades humanas. En consecuencia, Calvo Cubillo y Abad Hernán (1990, p.36) plantean de forma sintética la función de Cristo en la tierra e implícitamente se devela la función de la Iglesia: “Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la llegada del reino de Dios prometido por los profetas, un reino que se traduce en salvación, dirigido a todos”. Así, el cristiano en el mundo toma conciencia de su responsabilidad social y por ser miembro de la Iglesia, está llamado a obrar en la función de hacer presente a Dios *ad intra* de su comunidad.

Además, la formación integral que, como ideal educativo, presuntamente se imparte en las escuelas y el cual propicia los valores humanos que orientan el progreso de las sociedades, hace posible una personalidad crítica ante las tentativas de desarticulación en torno al problema del bien cuya recta comprensión y sucesiva práctica favorece al perfeccionamiento de las comunidades. Para ello, el cultivo de la espiritualidad de niños y jóvenes miembros del sistema educativo y el cual es propio de la enseñanza de la Iglesia, es un elemento importante por cuanto da razón a las cuestiones más profundas del ser tales como el sentido a la vida, el por qué y para qué de la existencia humana, el cauce de la misma, la importancia de su acción en el medio en el que habita, entre otras problemáticas; rasgos del pensamiento que impulsan en gran medida el actuar de los sujetos.

Referencias

- Benedicto XVI. (2005). *Carta Encíclica Deus Caritas est. Sobre el Amor Cristiano*. Séptima Reimpresión. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Calvo, Q., y Abad, P. (1990). *La Buena Noticia de Jesús de Nazaret en la Iglesia*. Pamplona: Editorial Verbo Divino.
- Conferencia Episcopal de Colombia. (1981). *Directorio Nacional de la Pastoral Educativa*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Concilio Vaticano II. (1991) *Constitución Dogmática Lumen Gentium. Sobre la Iglesia*. Quinta Edición. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Concilio Vaticano II (1991). *Declaración Gravissimum Educationis Momnenum. Sobre la Educación Cristiana de la Juventud*. Quinta Edición. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II (2002). *Exhortación Apostólica Christifidelis Laicis. Sobre la Vocación y Misión Eclesial*. Novena Reimpresión. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Pablo VI (2005) *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi. Sobre la Evangelización del Mundo*. Vigésimoprimera Reimpresión. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Pablo VI (1967). *Carta Encíclica Populorum Progressio. Sobre el Desarrollo de los Pueblos*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Pontificio Consejo de Justicia y Paz. (2009). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Ruiz, D. (1950). *Padres Apostólicos. Texto Bilingüe Completo*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica. (1978). *La Escuela Católica* (2ª ed.). Buenos Aires: Ediciones Paulinas.